

La carta que se escribió sola



Andrea Samaniego

andrea Samaniego

La carta que se escribió sola

El día que decidió no dejar de soñar

A veces uno no encuentra lo que está buscando hasta que deja de buscarlo.

Eso le pasó a Amira.

Fue una tarde como cualquiera.

El cielo gris, su carpeta de dibujos medio abierta sobre el escritorio, su gato dormido en la silla... y esa sensación fea de “ya no me sale”.

Ya había borrado, roto y rehecho el mismo dibujo cinco veces.

Y justo cuando estaba por dejar todo y meterse en la cama sin decirle a nadie, la vio.

Una hoja de papel, doblada en tres.

Ahí, sobre su escritorio.

No tenía sobre, ni remitente, ni letras de alguien conocido. Solo una frase en la portada:

“Para cuando estés a punto de rendirte.”

Amira parpadeó.

No la había escrito ella. Estaba segura.

Pero la letra... era exactamente como la suya.

Como si una parte de ella, más valiente y más paciente, la hubiera escrito en secreto.

La abrió.

“Hola.

No sé si estás frustrada, triste o simplemente cansada.

Solo sé que estás a punto de rendirte.

Y vine a decirte que no lo hagas.”

Amira se sentó sin decir nada.

Tenía el corazón raro. Como si algo adentro supiera que esa carta no era una coincidencia.

”¿Te acuerdas de la primera vez que soñaste con esto?

Con dibujar, con pintar sin miedo, con crear algo tan tuyo que nadie pudiera copiarlo.

No lo soñaste para ser mejor que alguien.

Lo soñaste porque eso te hacía sentir viva.”

Se le nublaron los ojos.

No de tristeza, sino de esa mezcla entre emoción y sorpresa cuando alguien te entiende de verdad.

“No tienes que ser perfecta.

No tienes que tener todas las respuestas.

Solo tienes que seguir.

Seguir creando, seguir aprendiendo, seguir soñando.

Porque si tú dejas de intentarlo, ese sueño también se queda solo.”

Y al final, una sola frase la dejó inmóvil:

“No te conviertas en la persona que se rindió justo antes de descubrir lo que podía hacer.”

La carta estaba firmada:

“Con amor,

la tú que no dejó de intentarlo.”

Desde ese día, Amira no volvió a esconder sus dibujos.

Empezó a pintar sin pedir permiso al miedo.

No porque creyera que todo le iba a salir bien...

sino porque, por primera vez, sabía que era capaz de seguir,
incluso cuando dudaba.

Guardó la carta en su cuaderno, justo al lado de su dibujo favorito.

Y cada vez que sentía que no era suficiente, la leía de nuevo.

Porque esa carta, de donde sea que haya salido, le recordó quién
era realmente.

Y lo más importante: quién podía llegar a ser.